

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

San Luis, 15 de septiembre

Navismo: 1959, 1961, 1986, 1991

Hace exactamente treinta años se inició el peor momento de la vida del doctor Salvador Nava Martínez. Se le imputó haber organizado una provocación que interrumpió la fiesta del Grito, en la Plaza de Armas de San Luis Potosí, y fue apresado, conducido a una prisión militar y luego a Lecumberri. Treinta años más tarde, la gente que lo sigue desde entonces y quienes se han incorporado a su causa, se reunirán en esa misma Plaza de Armas, antes del Grito patrio, para expresar de nuevo la decisión de que la democracia quede bien servida en esa entidad.

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

Esa plaza —como la de Fundadores— ha sido escenario privilegiado de las acciones navistas desde 1958, en que surgió con fuerza que sólo se atenuó pero nunca ha desaparecido, el movimiento encabezado por este médico cirujano, especializado en oftalmología, que nació en San Luis Potosí, el 7 de abril de 1914. En cambio, el navismo nada tuvo que ver con el episodio luctuoso que, en circunstancias por desgracia semejantes, recuerdan hoy los potosinos democráticos.

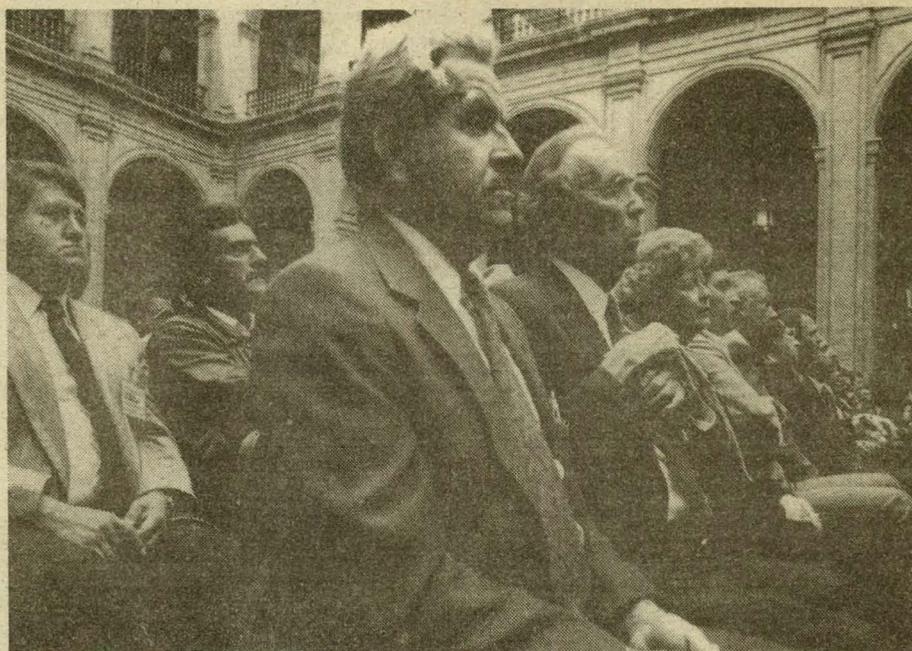
Tanto entonces como ahora, los partidarios del doctor Nava se reunieron al calor de la fiesta septembrina para protestar por el robo de la voluntad ciudadana. En ambas oportunidades, Nava a la cabeza de un vasto movimiento social caminó en pos de la gubernatura. En las dos ocasiones la formalidad legal le fue adversa. En 1961 a la protesta siguió la represión. En 1991 aunque el riesgo de esa misma respuesta no puede ser excluido por completo, el curso de los acontecimientos puede desembocar en una meta que persiguen con afán los potosinos: ya que no les ha sido posible el respeto a sus votos, al menos impedirán que quien violentó su voluntad, Fausto Zapata, gobierne tranquilo y permanezca su periodo entero en el palacio de gobierno.

El navismo ha acrisolado su carácter cívico en la forja de las victorias y las derrotas. En 1958 Nava ganó, a contrapelo del cacicazgo santista, la alcaldía potosina.

Sólo unos meses más tarde, otra victoria ratificó la anterior: su fuerza y nuevas condiciones en el gobierno federal provocaron la caída del último gobernador lacayo de Gonzalo N. Santos, Manuel Alvarez. El gobernador interino, don Francisco Martínez de la Vega, que había hecho campaña con la oposición henriquista en 1952, cuando el doctor Nava pertenecía al PRI, llegaba a poner serenidad en los ánimos de sus paisanos, agraviados por largos años de satrapía.

Dos hombres de alta calidad personal, incluso emparentados lejanamente, como Martínez de la Vega y Nava Martínez, pudieron caminar sin roces en las tareas de gobernar que los aproximaban, no obstante sus diferencias: uno desde el interinato que su amistad con el Presidente López Mateos le había deparado; el otro desde la alcaldía ganada a despecho de las decisiones priístas. El gobernador fue respetuoso del ayuntamiento navista en la capital, como de los otros a cargo de cabildos surgidos de la oposición. La situación se complicó, en la práctica entonces y para mi propio análisis ahora, cuando Nava salió al paso de una nueva negativa del PRI para hacerlo candidato, esta vez a la gubernatura, y resolvió actuar por vía libre, al frente del movimiento que se consolidaba ya en torno suyo.

Tuve el privilegio de la amistad cercana de Martínez de la Vega en los últimos diez años de su vida, de 1975 a 1985. Siendo el mismo, era en ese periodo por completo diferente del diputado priísta y gobernador interino que había sido de 1958 a 1961. Había de-



Alcaldes de todo el país se reunieron ayer con el presidente Carlos Salinas de Gortari ■ Foto: Rodolfo Valtierra/Cuartoscuro

jado de pertenecer al partido oficial y se convirtió en uno de sus principales críticos, desde una perspectiva nacionalista y revolucionaria. No puedo concebirlo como titular de una autoridad represora. Muchas veces hablamos de aquella delicada coyuntura que lo enfrentó con el navismo. Fueron sólo unos meses, de abril a septiembre de 1961. La causa del conflicto no le es atribuible, pues la opción del PRI por Manuel López Dávila en vez de Nava no fue suya, ni participó en ella. Le correspondió, en cambio, pagar las consecuencias del justo enardecimiento ciudadano, durante la campaña electoral y después de las elecciones. El cuadro general del país por lo demás conspiraba para que el navismo fuese visto, en la perspectiva del Presidente, amigo del gobernador interino, como pieza de un movimiento más amplio, de impugnación al gobierno federal desde la derecha. No eran fantasmas: entre 1960 y 1961, se fugaron del país dos mil millones de dólares; muchedumbres llenaban los atrios de las catedrales al grito de "cristianismo sí, comunismo no", el conservadurismo priísta creó el Frente Cívico de Afirmación Revolucionaria, y se protestaba contra el libro de texto gratuito. El 10 de septiembre de 1961 fue arrestado el general Celestino Gasca, prestigiado revolucionario que en su vejez se asoció a los dirigentes del Partido Nacionalista de México (PNM), de clara filiación fascista, con el objeto de encabezar una rebelión armada.

Hace treinta años exactamente, la mañana del 15 de septiembre de 1961, Martínez de la Vega leyó su tercero y último informe. Dijo que en ese documento no había "satisfacción personal", porque "sigo considerando con angustia de potosino y preocupación de revolucionario que lo que falta por hacer en beneficio de nuestro pueblo es infinitamente superior a lo que haya podido realizarse". Y dedicó largo espacio a su propio examen de la situación, en cuyo centro estaba: La oposición le hostigó sólo en los últimos meses de su mandato. López Mateos le había regalado uno o dos automóviles que a su vez había recibido como obsequio de una empresa interesada en establecerse en México. Eran vehículos para uso oficial, pero la voz popular no lo perdonó. Motejó "Pancho Co-

ches" a don Francisco, a causa de esos vehículos. Pero eso fue lo de menos:

"He llegado al término de mi mandato constitucional —dijo Martínez de la Vega— no con alardes de vanidad personal ni con satisfacciones definitivas, pero sí con la conciencia en serena paz, porque no hubo esfuerzo que eludiera en el cumplimiento de mi obligación. La tarea de gobernar no es siempre fácil y la polémica, muchas veces apasionada o intolerante, muchas veces reflexiva y mesurada, le acompaña de principio a fin. Puedo afirmar que he respetado en todo momento las críticas a la obra de gobierno, aunque en ocasiones los críticos no fueran respetables. La libertad de opinar fue irrestricta durante los 32 meses que tuve la responsabilidad del Poder Ejecutivo. En frecuentes ocasiones la censura a la obra de gobierno rebasó los límites de la libertad de expresión consagrada en nuestras leyes, para invadir terrenos de calumnia y difamación. Ello no obstante, el Ejecutivo no siguió acción legal alguna, convencido de que mucho más importante que defender el prestigio personal de una autoridad, es robustecer en el ánimo de los ciudadanos todos, no importa que algunos de ellos estén equivocados, su inalterable derecho a la libertad de expresión".

Se refirió por último a la campaña electoral, durante la cual, aseguró, la paz pública "se vio peligrosamente amenazada", por lo cual con apoyo en textos legales, solicitó la intervención del Ejército "para que sin atropellar, sin violar derechos cívicos ni expresiones partidarias, garantizaran ese orden y esa tranquilidad que muchas veces estuvo a punto de romperse... En su actitud está la explicación de que no obstante el desbordamiento de las pasiones, no haya habido en la capital un solo hecho de sangre que lamentar durante la campaña electoral".

Don Paco cantó victoria demasiado pronto. Esa misma noche, una oscura conspiración que pretendió involucrar a los navistas —reunidos en su propia celebración en la plaza de Tequis, a unas cuadas de la de Armas, donde se festejaba el Grito oficialmente— montó una balacera, un supuesto ataque al Palacio de Gobierno, que produjo varios muertos: dos militares, tres agentes de la policía judicial estatal y

dos civiles, aunque se conjeturó que habría habido muchos muertos más. Como hemos dicho, el 16 de septiembre Nava fue hecho prisionero, y permaneció en la cárcel, acusado de participar en la intentona rebelde de Gasca y el PNM, hasta el 15 de octubre. En realidad, se le mantuvo preso para que su movimiento, descabezado, no impidiera la toma de posesión de López Dávila, que al año siguiente desencadenó una batida feroz contra el navismo, al grado de hacerlo entrar en receso.

Esa etapa finalizó cuando el despotismo ramplón de Carlos Jonguitud Barrios llegó al gobierno del estado. Agraviados nuevamente, los ciudadanos volvieron los ojos otra vez hacia su líder histórico, y lo llevaron por segunda vez a la alcaldía. Revitalizado el Frente Cívico Potosino influyó para que el gobernador Florencio Salazar, elegido en 1985, incluyera a varios navistas en su gabinete. Pero ese gesto de buena voluntad política fue pronto contradicho por la decisión de falsear el resultado de la elección municipal de diciembre siguiente. El candidato priísta, Guillermo Medina de los Santos, fue impuesto contra la voluntad popular, pero a un costo altísimo. El primero de enero de 1986, agentes de la judicial estatal y porros especialmente contratados golpearon con ferocidad a navistas (cuyo candidato entonces era Guillermo Pizzuto, hoy alcalde pues fue candidato de nuevo tres años después), para dispersar un plantón de protesta situado ante el palacio de gobierno, que había sido rodeado de basura para manifestar la opinión que los ciudadanos guardaban sobre sus ocupantes. Esa misma tarde, manos misteriosas incendiaron el palacio municipal, centro del conflicto.

El seis de enero siguiente, ante una de las muchas multitudes que a su conjuero se han reunido en la Plaza de los Fundadores, el doctor Nava encabezó una protesta en la que participaron el PAN, el PSUM, el PDM, el PRT y el PMT. "Yo le pido a mi pueblo —exclamó en su turno el dirigente navista— que voltee hacia allá, donde está el solitario de palacio, y le exija que se vaya...". Y el gentío coreó la petición, girando hacia la pared norte de la sede del Ejecutivo.

Esta noche, no a un costado sino frente a ese mismo edificio, una nueva multitud se congregará alrededor del doctor Nava, a quien acompañarán dirigentes de los partidos que apuntalaron su cuarta candidatura, segunda al gobierno del estado. La demanda de que se marche será ahora dirigida a Fausto Zapata, nuevo López Dávila, semejante a él en su lejanía de San Luis, que lo imitará si se le deja llegar al gobierno, en la mano dura contra el navismo, ofendido como su émulo por la enhiesta gallardía de los navistas.

Salazar no cayó en aquel enero de 1986. Lo salvaron por meses las conveniencias políticas, más que su capacidad para arraigarse en la voluntad ciudadana. Al fin, en 1987, pidió licencia. Los ciudadanos potosinos confían en que esta vez no deba transcurrir un lapso tan largo para desembarazarse del lastre que significa un gobernador impuesto a cuyo palacio haya que colmar de basura.